

# El resurgimiento de los nacionalismos en la Unión Soviética y Europa del Este

Charles URJEWICZ  
Profesor en el  
Institut National des Langues  
et Civilisations Orientales,  
París.

En el umbral del año 1991, Mijaíl Gorbachov, presidente de una Unión que presenta todos los síntomas de la desintegración, debe hacer frente a una situación inédita, y aparentemente inextricable: las «pequeñas» repúblicas, sumergidas por una potente ola independentista, se han rebelado contra un poder central que parece ya incapaz de imponer un consenso sobre el principio de una nueva «Unión de repúblicas soberanas». En el Cáucaso, prosigue una verdadera guerra entre armenios y azeríes; en varias repúblicas, el ejército intenta separar a los beligerantes. Centenares de judíos huyen de un país que ya no parece capaz de garantizarles la seguridad. Mientras tanto, Rusia, indispensable piedra angular del edificio imperial, declara su voluntad de emprender, también ella, el camino de una soberanía cuya proclamación ha hecho caducar totalmente el dominio de un «centro» que queda despojado de base y de legitimidad. Después de cinco años de una *perestroika* mal dominada, en particular en el ámbito nacional, la URSS se ha convertido, según un historiador ruso, en un Estado desprovisto «de fronteras internas naturales, de capital, de nombre y de siglas» (Salmin, 1990).

Queda lejos el «internacionalismo» arrogante y rusificador de los años de la «estagnación» brezhneviana. Tras las muertes en los *pogroms* de Sumgait en Azerbaidzhán (1988) y de Ferganá en Uzbekistán (1989), «la Unión indestructible de los pueblos hermanos» ha presenciado impotente los sangrientos enfrentamientos entre kirguizes y uzbekos, el tenso cara a cara entre moldavos y gagauzos, georgianos y osetios. Con un trasfondo de marasmo económico y de naufragio ideológico, la «cuestión nacional», que L. Brezhnev consideraba «totalmente resuelta, de forma definitiva y sin retroceso posible», ocupa ahora el primer plano de la escena soviética. Y no lo dejará, sea cual sea el destino de la Unión, conjunto unitario o fragmentación en varias entidades estatales nuevas.

En 1917, la revolución bolchevique rusa pretendía ser el primer eslabón de una «República mundial de los trabajadores». Sin embargo, desde los primeros años, el poder soviético se impuso a la periferia por la fuerza, recurriendo a intervenciones militares o a golpes de Estado disfrazados de revoluciones. Toda resistencia popular tropezó con una represión feroz: el aplastamiento de la insurrección georgiana, en 1924, fue llevado a cabo al precio de miles de inocentes masacrados. En el gran debate que, desde principios de siglo, agitó a todas las fuerzas socialistas del imperio zarista, los bolcheviques optaron por la solución territorial. Según

*NOTA: Véase en el apartado de Anexos el «Cuadro de las declaraciones de independencia de la URSS», pág. 348 y ss., y el mapa y cuadro del epígrafe «Conflictos actuales en el mundo», pág. 400. (N. de R.)*

Lenin, al rechazar «la autonomía nacional cultural extraterritorial» propuesta por los «austromarxistas» (Bauer, edición 1979), se trataba de «no dividir a la clase obrera». Pero, desde el principio de los años 20, Moscú multiplicó hábilmente divisiones administrativas arbitrarias y trazados de fronteras perversos que hacían el juego de los antagonismos tradicionales (entre armenios y azerís en el Alto Karabaj, entre uzbekos y tadzhikos en otra parte, etc.), con el propósito de establecer la necesidad permanente del arbitraje del centro. En este conjunto supuestamente destinado a construir un orden internacionalista, se favorecía la creación artificial de nacionalismos provincianos, en particular allí donde existían —como en Asia Central— civilizaciones cuya diversidad cultural y lingüística había sido la base de su riqueza y originalidad.

Hoy en día, el despiadado replanteamiento que sacude el conjunto soviético desde 1985 ha desvelado una trágica realidad. A lo largo de los años, pueblos y repúblicas de la Unión han sido progresivamente atomizados e infantilizados por un centralismo autoritario y paternalista. Se han visto despojados de las páginas más importantes de su historia y de su cultura, tras la eliminación sistemática de sus élites intelectuales, en particular durante las purgas de los años 30. Mientras, los más frágiles, en particular los pueblos de Asia Central condenados al monocultivo del algodón (en Uzbekistán, la parte de las superficies cultivadas dedicadas al algodón ha pasado del 9 % en 1913 al 53 % en 1986), se encontraban mantenidos, incluso hundidos, en esa terrible realidad que, en otros lugares, se llama subdesarrollo. Para todos aquellos que, como los pueblos del Báltico, confrontados además a una verdadera invasión de «inmigrantes» de habla rusa,<sup>1</sup> se consideran cortados de sus raíces europeas, un nivel de vida más alto que la media soviética no puede compensar sus disgustos y frustraciones frente a una Escandinavia opulenta y democrática.

Con el correr de los años, el repliegue narcisista, la ignorancia o el desprecio del otro, camuflados bajo el calor ritual de las declaraciones oficiales de «amistad fraterna», se habían convertido en la regla. En un sistema demasiado tiempo marcado por el terror y, posteriormente, por la precariedad de la existencia material y nacional,<sup>2</sup> cada uno —pueblo, comunidad o indivi-

duo— ha intentado salvarse resguardándose en las rígidas fronteras lingüísticas y territoriales que les habían sido impuestas. En estas condiciones, a las repúblicas no les quedaba más elección que la de reproducir el modelo importado del centro, a menudo hasta la caricatura: al intentar someter y asimilar a otro más débil que uno —¿no es, por esencia, todo minoritario portador de rusificación?—, la gente piensa que protege el último tesoro que la comunidad nacional posee colectivamente, la lengua, expresión de su identidad y cemento de su unidad. Las fronteras herméticas de la Unión, el centralismo exacerbado del sistema soviético y el alejamiento geográfico han acentuado aún más el aislamiento de naciones y repúblicas, mantenidas al margen del movimiento de ideas en el mundo y despojadas de los instrumentos del conocimiento. Más de un proceso cultural nacional, iniciado mucho antes de 1917, ha sido brutalmente interrumpido, antes de ser declarado «contrarrevolucionario» o, incluso, «al servicio de una potencia enemiga».

A partir del momento en que, a finales de los años 20, la liquidación de la Nueva Política Económica (NEP) acarrió la desaparición de las relaciones mercantiles y de los últimos vestigios de pluralismo, la omnipotencia del Estado totalitario ya no dejó prácticamente ningún espacio autónomo a las expresiones más elementales de la vida social. Las consecuencias de ello en el ámbito nacional son un desastre: con la liquidación de las relaciones de mercado, los vínculos y las alianzas tradicionales entre naciones, etnias, comunidades y familias a menudo se han roto también, mucho más allá incluso del campo económico. En el ámbito nacional, la ausencia de un Estado *de derecho*, en particular bajo una de sus formas más elementales, el *derecho a la propiedad de la tierra*, se hace notar cruelmente: allí donde la tierra es escasa pero productiva (Transcaucasia), allí donde el agua es la fuente de toda la riqueza (Asia Central), este vacío exagera las tensiones entre autóctonos y «forasteros». Éstas adoptan, como resultado de la atomización social, formas casi «tribales» que se expresan una vez liberadas de la férrea opresión del sistema brezhneviano. En los años 60, mientras que la corrupción se convierte en el regulador de un sistema huérfano del terror de masa del periodo estaliniano, la arbitrariedad de la burocracia adopta nuevas formas, una burocracia que no tiene reparo en lucir los oropeles de un patriotismo con acentos chovinistas y que se suele contentar con los oropeles de la soberanía. Pero, aun así, repúblicas, repúblicas autónomas o regiones autónomas, cuyas relaciones pasan obligatoriamente por Moscú, no disponen del más mínimo margen de autonomía. La vida económica está totalmente controlada por un centro celoso de sus prerrogativas: los Ministerios federales tienen a su merced una periferia que se

1. En Letonia, los rusos representan hoy el 47 % de la población total; en Estonia, el 40 %.

2. Los «pueblos castigados» son los pueblos expulsados de su tierra: coreanos de Extremo-Oriente (1936), alemanes del Volga (1941), chechenes, ingushes, kalmukos o «turcos mesjetos» (1944); no fueron rehabilitados más que parcialmente en el XX Congreso del PCUS. El Estado zarista había inaugurado esta práctica, en la segunda mitad del siglo XX, con la deportación hacia Turquía de centenares de miles de circasianos del Cáucaso que se habían opuesto a la colonización rusa.

siente desposeída de sus recursos naturales y privada de los frutos de su trabajo. Repúblicas y regiones no pueden controlar los mecanismos económicos: víctimas de las incoherencias de una planificación central que acentúa aún más las disparidades y situaciones de crisis,<sup>3</sup> cortadas del mercado mundial, se las mantiene en la ignorancia del estado real de su potencial económico. Reducidas a la necesidad de sortear trabas constantes, de institucionalizar incluso corrupción y tejemanejes, las repúblicas y regiones se alejan —cada vez un poco más— de las realidades de la vida económica, lo cual aumenta su fragilidad y su dependencia de una Unión con la que no tienen más remedio que compartir las estructuras y los mecanismos.

Al principio, la *perestroika* topó con el escepticismo de la periferia: la liberalización, en particular en el campo cultural, deja impertérritos a unos georgianos o estonios que han conseguido durante años sortear las prohibiciones que alcanzaban todo aquello que escapara a los cánones del «realismo socialista». Pero es, sin embargo, la parte europea de la URSS la que entiende más rápidamente la dinámica de la *perestroika*. Ya en otoño de 1987, en la región báltica se producen las primeras movilizaciones de masas. Al poco tiempo, las repúblicas más abiertas a la modernidad cogen al vuelo las posibilidades que abre la *perestroika*, otra expresión de la modernidad, esta vez rusa. Parece entonces que van a mantener una alianza duradera con M. Gorbachov: los frentes populares no sólo son una forma inédita de organización y de alianzas, sino que marcan también la emergencia de las primeras estructuras de masa que apoyan totalmente las reformas emprendidas por la *perestroika*. En Armenia, donde se desarrolla una extraordinaria movilización popular, el proceso derrapa: al poco tiempo, los armenios exigen la «reincorporación del Alto Karabaj a la madre patria». Tras este primer choque en un cielo que muchos, en particular el grupo dirigente, creían despejado, se produce otro, mucho más traumático: el *pogrom* antiarmenio de Sumgait, en Azerbaidzhán, en febrero de 1988. La dirección soviética, por su parte, está muy mal preparada. Mientras que se inicia un difícil debate en un marco conceptual y teórico excepcionalmente pobre, Moscú

empieza a entrever la complejidad de los problemas acumulados a lo largo de los años: litigios fronterizos, tensiones intercomunitarias, reivindicaciones culturales y lingüísticas de pueblos que emergen de decenios de humillación. Sin embargo, regiones enteras parecen escapar al cambio; las direcciones de Asia Central, de Ucrania o de Bielorusia consiguen amortiguar el choque de las elecciones de marzo 89, las primeras en permitir candidaturas pluralistas. En abril de 1989, la matanza de Tbilisi, en Georgia, perpetrada por las tropas especiales del Ministerio del Interior, levanta dudas sobre las intenciones proclamadas de un centro que aparece cada vez más rezagado en relación con las reivindicaciones nacionalistas, mientras que crecen las impaciencias, en particular en la región del Báltico. Discípulos brillantes de la clase gorbachoviana, estos tres pequeños pueblos, realistas y valientes, se habían convertido en los descubridores de las numerosas potencialidades de una *perestroika* tan difícil de imponer al «hermano mayor» ruso. Pronto, sin embargo, estonios, letones y lituanos empiezan a hablar con voz más segura: ya es hora de que el Gobierno soviético reconozca por fin la *anexión* perpetrada por Stalin, en 1940, a raíz del pacto germano-soviético. Se inicia así la primera etapa hacia una independencia ahora ya ineluctable. Bajo el lastre de una Unión que no consigue poner en marcha una economía de mercado, las repúblicas se han radicalizado inexorablemente. ¿Podrían asegurar por sí solas el éxito de una *perestroika* que se encontraba en una posición difícil en el resto de la Unión? El 11 de marzo de 1990, Lituania cruza el Rubicón reestableciendo su independencia después de las primeras elecciones libres<sup>4</sup> del periodo soviético. Estonia y Letonia demuestran una mayor prudencia y viven bajo la obsesión permanente de provocaciones que se apoyarían en el miedo de «inmigrantes» manipulados, en el seno de las minorías de habla rusa.

En otras repúblicas, también confrontadas a fuertes tensiones secesionistas, los conflictos son de otro tipo. En Moldavia, la tentación de una unión con Rumania choca, en un trasfondo de violencia, con la decidida hostilidad de sus minorías nacionales; gagauzos, rusos y ucranianos intentan hoy crear nuevas entidades territoriales para protegerse de un nacionalismo que les asusta. En Georgia, crece el miedo de los abjazos y osetios que ven sus atributos estatales amenazados por las nuevas autoridades salidas de las urnas, mientras se multiplican los choques cruentos entre grupos étnicos. En Asia Central, los enfrentamientos entre comunidades musulmanas de habla turca tienen otro origen: rechazo

3. Véase, al respecto, el cuadro siguiente:

PRODUCTO NACIONAL BRUTO POR HABITANTE EN % DE LA MEDIA

República	1940	1950	1960	1971	1986
Federación Rusa	95	106	110	114	119
Bielorusia	77	67	74	83	116
Uzbekistán	108	108	73	55	43
Tadzhikistán	89	68	55	48	34
Turkmenia	113	92	74	54	34
Estonia	73	100	122	134	143

4. La oposición al PCUS ganó en Moldavia, en Armenia, en las tres repúblicas bálticas y en Georgia, el 28 de octubre de 1990.

de compartir la pobreza, problemas vinculados al *agua* en esta región ampliamente desértica. Pero, en todas partes, estas tensiones son utilizadas, cuando no exacerbadas, por el poder central. Aprovechadas como medio de presión sobre los poderes republicanos con veleidades independentistas, dichas tensiones permiten igualmente imponer la legitimidad de una *Unión que sería la única capaz de preservar la paz entre comunidades*. Aunque más calmadas, Ucrania y Bielorusia emprenden también el camino de una mayor «soberanía»: segunda república de la Unión, Ucrania toma rápidamente conciencia de su potencia, en particular frente a una Europa Central donde podría imponerse en poco tiempo. Incluso la plácida Bielorusia podría verse tentada por una Europa muy próxima desde la desoviación de Europa del Este.

Para el conjunto multinacional soviético, 1991 se presenta como el año de todos los peligros. ¿Conseguirá, en efecto, el poder central detener el proceso de desintegración de una Unión a la que propone que elija una nueva estructura a través de una consulta que, de entrada, rechazan varias repúblicas? Ahora que las tendencias autoritarias parecen prevalecer en Moscú, ¿sabrá el poder central anteponer el diálogo a la tentación de la «reconquista»?

Choques interétnicos entre rumanos y húngaros en Transilvania; aumento del ostracismo antiturco en Bulgaria; peligro de desintegración de la federación yugoslava en un contexto de enfrentamientos sangrientos entre albaneses y serbios de Kosovo; irredentismo eslovaco que impone profundas modificaciones constitucionales a la *Federación Checa y Eslovaca*; reaparición del antisemitismo polaco que uno creía desaparecido por falta de judíos; emergencia de un discurso nacionalista en Hungría, donde algunos círculos señalan con el dedo a gitanos y judíos. Teniendo en cuenta las difíciles

condiciones en las que Europa del Este efectúa su salida del comunismo, no es de sorprender que la vuelta a escena del nacionalismo se haga notar tanto. Esta región ha estado mucho tiempo dominada por fuertes tendencias chovinistas, inducidas por una historia trágica y alimentadas, en el periodo de entreguerra, por los regímenes autoritarios que se habían instalado en todas partes, con la notable excepción de Checoslovaquia. Al acabar la guerra, los regímenes estalinianos utilizan formas de nacionalismo a menudo primarias, con el propósito de asentar una legitimidad que las condiciones de su instalación no permiten asegurar. Persecuciones antigitanas, antisemitismo camuflado de «antisionismo», exaltación de los valores patrióticos —mientras no se opusieran a la URSS—, todo ello ha marcado profundamente el bloque del Este hasta la muerte de Stalin. Incluso después, se siguió utilizando el nacionalismo aunque de manera más sutil, con excepción de Rumania donde la férula de Ceausescu, en particular, impuso un discurso teñido de un chovinismo caricatural.

Hoy en día, el nacionalismo representa uno de los frenos más potentes a la modernización de Europa del Este. Socava por dentro los Estados multinacionales, debilitando aún más los procesos democráticos que se están desarrollando allí, y puede llegar a bloquear los procesos de cooperación entre los Estados de la región.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- SALMIN, A. (1990): «L'identité russe en question», *Hérodote* 58/59:176-188.  
 BAUER, O. (edición 1979): *Sobre la cuestión nacional*. Barcelona: La Magrana.